

## 100. El Ángelus

Cuando el Papa Pablo VI repasó en su magnífica Exhortación Apostólica *El Culto de María* las devociones de la Iglesia a la Virgen, al llegar al “Ángelus” dijo sin más que se conserve tal como está, porque es una plegaria perfecta...

Los tres momentos de rezar el Ángelus han sido tradicionalmente avisados con el toque de la campana en los pueblos cristianos. Al amanecer, al mediodía y al ponerse el sol, tocaba la campana, y toda la comunidad cristiana entendía:

- *¡Es la hora de rezar a la Virgen!... El Ángel del Señor anunció a María...*

Todos interrumpían el trabajo, todos rezaban las tres Avemarías, todos tenían un recuerdo cariñoso para sus difuntos, todos oxigenaban el alma con la oración más tierna a la Madre del Cielo...

Es muy conocido el cuadro de un pintor francés. Anochece. El esposo y la esposa han pasado el día trabajando en el campo. Y al oír la invitación de la campana, interrumpen la faena, azadón en mano y canasto en tierra, con los ojos hacia el suelo, rezan y quedan sumidos en profunda oración...

Recuerdan a un San Carlos Borromeo, que, al oír la invitación de la campana como si viniera del cielo, se bajaba de la cabalgadura, estuviera donde fuese, y se arrodillaba aunque fuera sobre el fango...

Muy al revés de aquel cristiano frío de que nos habla el Doctor de la Iglesia San Alfonso María de Liguori, que oía tocar la campana invitando a esa oración tan bella pero no hacía caso alguno. Hasta que un día, al oír la campana deslenguada que le molestaba tanto, dirige su vista despectivo hacia la iglesia, y ve cómo la torre se inclina reverente hacia la tierra por tres veces, mientras oye una voz misteriosa: -*¡Mira cómo las criaturas insensibles, de piedra y hierro, hacen lo que tú no quieres hacer! ¡Reza!...*

Sería curioso un milagro semejante, contado con tanta ingenuidad por el Santo Doctor. Pero lo cierto es que el cuento entraña una lección demasiado interesante. ¿Por qué no dedicar un par de minutos a contemplar el misterio más profundo de nuestra fe, como es la acción de la Santísima Trinidad que, por María, nos manda la salvación al mundo?

Porque esto, y no otra cosa, es el rezo del Ángelus.

Vemos al Padre que desborda su amor, y manda su Hijo para que se salve el hombre pecador: *“Así amó Dios al mundo, que le entregó su propio Hijo”* (J 3,16)

Vemos al Hijo, que se hace hombre en las entrañas puras e inmaculadas de María: - *¡Y el Verbo se hizo hombre, y habitó entre nosotros!* (Juan 1,14)

Vemos al Espíritu Santo, porque la concepción en el seno virginal de María es obra suya, y viene a cubrirla misteriosamente con su sombra (Lucas 1,35)

Vemos a María, la fiel esclava del Señor, que con pleno conocimiento, con libertad suma, con amor encendido, responde a la Embajada del Arcángel Gabriel: -*Sí, que se cumpla en mí su voluntad* (Lucas 1,38)

Todo esto tan grandioso se capta de un vistazo cuando se reza el Ángelus, esa oración tan sencilla como tierna y conmovedora.

En nuestros días, ya no llama la atención, de tan popular como se ha hecho, la estampa del Papa al mediodía de cada domingo en el Vaticano, cuando a las doce en punto se abre la ventana de su despacho en el piso superior, y con la multitud que cada vez se congrega en la Plaza de San Pedro recita el Ángelus a la Virgen y da su

bendición a todos. ¡Qué fe! ¡Qué devoción entre tanto público llegado de todas partes!  
¡Qué elevación de las almas hacia el Cielo, donde la Virgen espera a todos!...

¿Es cierto eso de que la Virgen espera a todos allá arriba? ¿Es cierto que una oración como el Ángelus es un seguro de salvación? ¿No son todo ilusiones piadosas, hoy algo trasnochadas?... No. Porque quien es fiel a una práctica de piedad tiene siempre abierto el corazón a Dios. Y entonces, con esa apertura a la fe y con la protección de la Virgen, es un imposible la perdición...

Podemos traer el cuento de San Pedro con la María. Lo hemos oído muchas veces, pero ahora lo vamos a recordar tal como lo contaba el Santo Padre Pío, el de las Llagas benditas.

Un día el Señor salió a pasear por el Paraíso, vio muchos hombres de mala catadura, que andaban por aquel lugar de delicias, y, asombrado, se bajó hasta la puerta para hablar a San Pedro: *-Oye, ¿qué pasa aquí? Parece que la penitenciaría, con los reclusos de más cuidado, se haya trasladado al Paraíso.*

San Pedro se queda un poco avergonzado. *-Señor, yo no sé. Yo cumplo, y no abro a ninguno de éstos. Yo no sé por dónde entran.*

El Señor, contrariado y bastante severo, le ordena: *-Vigila un poco más, y refuerza la guardia.*

Baja otro día el Señor hasta los alrededores de la puerta, y lo mismo. Más tipos de mala cara por allí, hombres igual que mujeres. El Señor ya no se fía más del portero, y le exige: *- ¡Vengan las llaves! Ni vigilas, ni pones más guardias que te ayuden.*

Pedro, muy compungido, se defiende: *-Señor, yo cumplo bien. Lo que ocurre es que apenas doy media vuelta, se presenta tu Madre, abre las puertas y deja entrar a todo el que quiere. ¿Qué voy a hacer yo ante tu Madre?...*

El Señor se calla, y responde vencido: *-Mira, Pedro; cuando ocurra eso, finge que no has visto nada, y no te metas más.*

El cuento no se lo inventó el Padre Pío, pero el Santo se lo apropió para expresar la convicción que ha tenido siempre la Iglesia. María, la Madre y Abogada, extrema su amor, su intercesión, su plegaria ante Dios por la salvación de sus hijos. Y oraciones como el Ángelus hacen repetir muchas veces el *“Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte”*...

El amor a María es un don más del Espíritu Santo, aparte de los siete clásicos que nos ha enseñado el catecismo. ¡Feliz quien ama a la Virgen! ¡Qué tranquilo vive... y qué tranquilo muere!...